

VENTAJAS Y RIESGOS DE LOS AVANCES TECNOLÓGICOS

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO

Confieso que, cuando los años se nos echan encima y el porvenir se acorta de manera alarmante, resulta difícil acomodarse a los nuevos tiempos.

Es preciso hacer un esfuerzo de adaptación, que encierra cierto mérito, para no quedar sumido en el pasado.

En el presente, nos ocurre muchas veces que nuestros jóvenes sucesores están más al tanto que nosotros los viejos, de modernos adelantos, de procedimientos inéditos y descubrimientos sorprendentes.

Cuando el hombre descubre tecnologías que mejoran su capacidad, tanto para crear como para aprender, siempre se han producido cambios importantes en la civilización. La sociedad de la información es una sociedad global, y la globalidad es consustancial con su estructura. Este fenómeno ha sido contemplado por Alvin Toffler y Marsall McLuhan, desde perspectivas diferentes pero igualmente interesantes.

Toffler estudió la situación que emergía en nuestras vidas a principios de los años ochenta, y en su conocida obra «La tercera ola», afirmaba que: *«esta nueva civilización traía consigo nuevos estilos familiares; formas distintas de trabajar, amar y vivir; una nueva economía; nuevos conflictos políticos y, más allá de todo esto, una nueva conciencia. El amanecer de esta civilización innovadora es el hecho más explosivo de nuestra vida y la clave para la comprensión de los años venideros»*.

Para este autor, la humanidad se enfrenta a un gran salto cuántico hacia adelante, a la más profunda conmoción social y creativa de todos los tiempos, de forma que nos hallamos inmersos en el proceso de construcción distinta, cuyo significado él denominó la *tercera ola*, al considerar que los grandes cambios sociales se producen por oleadas.

Cada una de éstas ha sepultado culturas anteriores y las ha sustituido por otras formas de vida insospechadas hasta ese momento.

Supuestamente, se habrían dado hasta ahora —y siguiendo el símil marítimo— dos grandes olas de cambio. La primera, la revolución agraria, tardó miles de años en desarrollarse. La segunda, el nacimiento de la civilización industrial, necesitó sólo

trescientos para llegar a la plenitud. La tercera ola sería la que, probablemente, inundaría la historia actual y se completaría en unas pocas décadas.

La primera profecía de Toffler se cumple en los momentos que vivimos, lo mismo que esta otra: «*La tercera ola parece estar engendrando también una nueva perspectiva que es intensamente local y, sin embargo global, incluso galáctica. Por todas partes —sigue diciendo— encontramos una nueva atención a la pequeña comunidad y al barrio, a la política local ya los lazos próximos, al mismo tiempo que crece el interés por los asuntos mundiales y la preocupación por el hambre o la guerra que tiene lugar a 10.000 millas de distancia*».

En efecto, hace ya veinte años, podía vislumbrarse en general un juego múltiple de organizaciones supranacionales de carácter político y económico, a la vez que proliferaban otras no gubernamentales, entidades de diversa índole y asociaciones transnacionales. Se compatibilizaba lo inmediato y lo lejano, en un interés compartido. La Nación-Estado, ya amenazada por presiones interiores, ve limitada su libertad de acción y disminuido su poder a medida que va tomando forma un sistema radicalmente nuevo, el modelo global, en el que nos sentimos integrados.

Esta idea de globalidad se constata ahora fácilmente.

Nuestro nuevo mundo no queda sólo definido por la voluntad de los gobiernos o las alianzas internacionales que los mismos contraen, aunque constituyan un factor influyente. Pero son los mercados, el comercio y las comunicaciones transnacionales las que imprimen la globalidad. En esta era global las modificaciones se producen por cambios en el control económico y, paralelamente, porque se atenúan las fronteras políticas y sociales. La aldea electrónica global ha arrebatado al Estado el control económico de fondo. Ya no hay economías invulnerables: El flujo libre de capitales a través de las fronteras nacionales, supone un poder que apenas pueden controlar los gobiernos. Es el *turbocapitalismo* en plena acción.

En estas circunstancias, podemos preguntarnos por el sentido de los nacionalismos. Sabemos por la Física que a toda acción se opone una reacción igual y de sentido contrario, y conocemos también, tras leer a Manuel Castells, que frente a la fuerza de la globalización se opone la del poder identitario. Pero lo que puede ser válido al fin de defender la existencia y pujanza de características culturales, religiosas, naturales o medioambientales y para mantener usos y costumbres incólumes o incluso adaptarlos y propagarlos mediante el movimiento globalizador, no parece adecuado en política y en economía.

El nacionalismo, sobre todo si se fundamenta en ideas que responden a la manipulación del conocimiento histórico de personas de buena fe o al carácter racial o lingüístico, es en esencia obsoleto, mezquino y excluyente.

Quede bien claro que con esto no se critica el modelo administrativo del actual Estado español, ni su Constitución. Si ésta es un documento vivo que con el transcurso del tiempo puede necesitar ser rejuvenecido, no olvidemos que —como decía Monstesquieu— los textos fundamentales y por tanto las Constituciones, deben ser *tocados con manos temblorosas*.

Lo que sí podemos cuestionar es un concepto de nacionalismo racista y divisorio, al mismo tiempo que podría discutirse también la actitud de tibieza o de conveniencia

de los políticos que, para obtener o conservar el poder, practican el doble lenguaje o la doble moral, aunque no ignoren que la actitud de esas fuerzas nacionalistas es claramente desintegradora de una unidad que debe estar por encima de los vaivenes de la coyuntura.

Pero volviendo a la Era de la Informática, recordemos que a mediados de los años sesenta, McLuhan publicó su obra póstuma, *La Aldea Global*, en la que propone un marco de referencia totalmente nuevo: Es una tríada de nuevos términos como son *espacio visual*, *espacio acústico* y el *tétrade*, una figura para predecir los cambios causados por las nuevas tecnologías. El libro trata de definir y explicar esos conceptos a medida que enseña cómo la cultura mundial está cambiando para poder aceptar otros modos de perfección.

El espacio visual y el espacio acústico realizaron su convergencia en un nuevo instrumento, el ordenador personal, que McLuhan no llegó a conocer, pero cuya existencia pudo prever.

En la actualidad todo artefacto del hombre refleja de alguna manera la combinación de aquellos dos espacios. Las tecnologías de la información son hoy, por su rabiosa actualidad, motivo de controversia. Proliferan todo tipo de publicaciones que desde diversos ángulos vitales nos presentan la era de la información emergente, unas veces con optimismo, otras con pesimismo.

Nuestra sociedad ha contraído un compromiso de apertura y libertad de comunicación, pero es preciso distinguir, dentro de este complejo universo, diferentes tecnologías:

Parece muy clara la utilidad social amplísima de la telefonía móvil, que carece como tal de implicaciones morales negativas. Muy al contrario, presenta a los pocos años de su implantación generalizada, varias virtudes sustantivas, como son: El uso generalizado e indistinto por todas las clases sociales; el aumento sensible de la productividad en las empresas; su contribución a facilitar la incorporación a la vida activa de personas que por causas diversas sufren discapacidades; la conexión con aquellos que por su edad, clase de trabajo o condición, tienen en la soledad su marco de vivencia habitual. Estas y otras muchas razones, como la accesibilidad de sus precios actuales para una mayoría de ciudadanos, hacen que la telefonía móvil como tal, sea un avance tecnológico enormemente positivo para toda la humanidad. Lo único que hace falta es que no se multiplique su utilización hasta extremos ridículos.

Más discutible y polémica es la anarquía descentralizada que reina en Internet. Y surge inevitablemente la pregunta: ¿Cómo se puede disponer de libertad individual y respetar a un tiempo la ley común?

Los defensores de la moral se alarman justamente ante la invasión de las redes por materiales pornográficos, apología de la violencia y juegos con dinero. Esta es una cuestión pendiente que debe resolverse mediante un esfuerzo de globalización legal internacional que, si bien puede parecer a muchos una propuesta ingenua, es necesario que aquellos derechos recogidos en los diferentes documentos básicos de las Naciones Unidas, se apliquen también a Internet, para que cada ser humano pueda seguir disfrutando de los derechos del hombre expresados en su Carta Fundacional, y en otros documentos posteriores como, por ejemplo, los relativos a los Derechos del Niño.

Además, más allá de los problemas morales, se plantean con fuerza los inherentes a la seguridad. Así, los piratas informáticos atacan el correo privado, obtienen datos comerciales, se hacen con los números de las tarjetas de crédito y descubren secretos oficiales. Por eso, el progreso y expansión del *cibermundo* pasa por el desarrollo de técnicas sofisticadas de cifrado de datos, que sean a la vez eficaces y de fácil manejo para el usuario.

En cuanto a la Televisión y al resto de los medios de comunicación, ya interconectados con la informática e inmersos en la era digital, nos cabe señalar una cuestión: Desde que, por fortuna, se consiguió en los países democráticos la libertad de prensa —que llamo así porque entonces no existía otro medio activo— siempre hubo un lugar para la libertad y otro para el escándalo. Pero ahora no ocurre lo mismo porque las cadenas de Televisión, medio que ve masivamente la población mundial, producen o transmiten con demasiada frecuencia programas de discutible calidad o airean con morbo y desfachatez la vida y andanzas de unos personajes denominados famosos y elevan a la categoría de normal lo que éticamente es absolutamente condenable. Con loables excepciones, la proliferación de cadenas y su problemática financiación, conducen a niveles de muy discutible calidad. Es un círculo vicioso: si el público se acostumbra a lo vulgar, hay que seguir prodigando la vulgaridad para satisfacerle.

La sociedad de la información y la nueva era que todos los humanos somos conscientes de inaugurar, habrá de acentuar una serie de valores esenciales sin los cuales se augura un mal futuro para todos.

Esos valores, que será preciso preservar y robustecer, habrán de desarrollarse sobre todo en la esfera pública, pero también en el ámbito privado, son fundamentalmente: La verdad, la tolerancia, la virtud cívica, el patriotismo y el legítimo sentido de la grandeza.

Es más fácil descubrir el error que definir la verdad. Podríamos llegar a la cuestión fundamental, que sería la determinación de la verdad absoluta.

Cuando Jesús le dice a Pilatos: *«Todo aquél que es la verdad escucha mi voz...»*

Pilatos pregunta: *«¿Y qué cosa es la verdad?»*

No es sencilla la respuesta. El ser humano, por ser finito, puede encontrar toda la verdad, pero no la verdad toda. A la verdad no llegamos de repente y a solas, sino que necesitamos ir tomando diversos contactos con la realidad, en distintos momentos y lugares. Si es cierto que en muchos aspectos la verdad es relativa, hay que perseguirla como base para encontrar los límites de la tolerancia.

Pero la tolerancia es bien distinta del *todo vale*. En los distintos aspectos de la vida humana deben cumplirse determinadas exigencias básicas. Hay que observar, además, los requisitos del diálogo auténtico, que es bien distinto de los monólogos alternantes.

La verdadera tolerancia en cuestiones trascendentes, no es la mera permisividad dictada por el afán de lograr una mínima convivencia. No indica indiferencia ante los valores. No supone aceptar que cada uno tiene su verdad y que la forma de pensar viene sólo determinada por el hecho de pertenecer a una generación o a otra, a una u otra

clase social, a las dispares circunstancias en que se mueve el individuo. No se reduce a afirmar que se respetan las opiniones ajenas, aunque no se les preste la menor atención.

Si nos convencemos de esto, seremos en verdad tolerantes. No sólo soportaremos a quienes defienden una posición distinta a la nuestra, sino que le agradeceremos que lo haga y pondremos empeño en descubrir lo que pueda ofrecernos de valioso. Con ello la discusión no degenerará nunca en disputa. Y no hay incongruencia, sino perfecta concatenación, al pedir para las ideas la máxima tolerancia y para las conductas la máxima intransigencia.

La tolerancia es una virtud difícil: Nuestro primer impulso, y aún el segundo, es rechazar a todos los que no piensen como nosotros. Pero, en todo caso, la tolerancia debe moverse dentro de unos límites legítimos, sin que sean tolerables las acciones que traspasen la frontera de la normalidad.

No es lícito ser tolerante con lo intolerable, que está por encima, no ya de nuestra capacidad de comprensión, sino de la diferencia entre el bien y el mal. Toda sociedad tolerante debe conocer también puntos de intolerancia porque, en definitiva, nadie tolera cualquier cosa. Ser tolerante es saber en qué se es intolerante, pues en el fondo vivimos en sociedades que buscan donde están sus puntos de intolerancia. Como dijo Ortega: *«La lucha contra un enemigo a quien se comprende es la verdadera tolerancia»*.

En el momento histórico en el que nos encontramos se está produciendo una quiebra muy seria de la conducta tolerante en aquellas partes del mundo donde más arraigada está y un rechazo brutal en muchas de las que desconocemos. Parece como si el cambio de escenario político mundial acaecido en 1989 y 1990 hubiese traído, junto con la natural relajación al alejarse el riesgo de un holocausto nuclear, una radicalización de las conductas que desemboca en metástasis de violencias locales, generadas en torno al nacionalismo, el fundamentalismo, el integrismo, la intransigencia y otros dos efectos muy perniciosos, no siempre bien explicados: La extensión de la criminalidad global y la interconexión de las organizaciones mafiosas que llegan con demasiada facilidad a la estructura política y administrativa de los Estados, contaminándolos y corrompiéndolos desde sus mismas raíces.

En estas sociedades que van siendo cada vez más numerosas, la desigualdad no se fundamenta en el mérito de cada cual, partiendo todos de un mismo principio de igualdad de oportunidades, sino que se produce más bien por la amenaza, el robo y los bienes ilegítimamente adquiridos.

Por otra parte, la extensión del capitalismo, que sin fronteras de ningún tipo y con una velocidad singular, ofrece el peligro de realizar un movimiento de rotación en torno a nuestro planeta, genera crisis y produce a la vez fortunas fabulosas.

Frente a este fenómeno de globalización económica, conviene crear áreas políticamente fuertes y sanas, moral y económicamente hablando, que hagan de baluarte frente a esas dos amenazas de la libertad y de la democracia.

En nuestro propio país, descendiendo un poco de la globalización que hemos comentado, atravesamos momentos en los que, empleando una expresión de exquisita prudencia, pudiéramos calificar de inquietantes. La sorpresa de cada día tiene la

supuesta ventaja de hacer difuminarse rápidamente la sorpresa del día anterior, y los españoles estamos ofreciendo el ejemplo de una notable capacidad para asimilar lo inesperado. Y esto resulta, por lo menos, tranquilizador y edificante, aunque la inquietud no puede abandonarnos.

Pero lo que de verdad tiene importancia es que no nos acostumbremos también a generalizar con exceso ni a llevar demasiado lejos nuestra comprensión y tolerancia, sino a distinguir las conductas individuales censurables, del conjunto de la sociedad en que se manifiestan. Tenemos un pueblo maravilloso que no puede caer en el pesimismo de extender la maldad a la actitud normal de los hombres, sino que debe aplicarla a los casos excepcionales que se producen y que no dejan de ser limitados, por llamativos, graves y sensacionalistas que resulten. Aunque no podamos extender la tolerancia a esos supuestos que son capaces de contaminar lentamente a todo un pueblo.

Necesitamos una purificación, una verdadera revolución pacífica y civilizada, inspirada por la cultura, la justicia y la ética. Una revolución en la que nos mezclemos los viejos y los jóvenes.

Ante los tiempos turbulentos que se avecinan, en los que el pesimismo y el optimismo se entremezclan y conviven en una actitud de expectación constante, es preciso retornar a la virtud cívica, que no es una reivindicación tardía de Maquiavelo —al que en algunas ocasiones he tenido la oportunidad de combatir— sino la recuperación de algunos de los aspectos menos conocidos del pensador italiano. Sus ideas, tamizadas por el tiempo, convenientemente releídas y desprovistas de juicios totalmente negativos, nos conducen, de la mano de Isaías Berlín, a una nueva interpretación del florentino, ya que el famoso divorcio entre política y moral, lo es precisamente en el ámbito en que operaba Maquiavelo, es decir, en el de la relajada moral de la época, incapaz de dar soporte a ninguna comunidad política satisfactoria en el sentido de los valores de la virtud antigua. No se trata, pues, de un divorcio entre la moral y la política, sino, como escribe Skinner, de una oposición entre dos morales distintas, dos explicaciones morales de lo que debe hacerse.

De la lectura de los *Discursos de la Primera Década de Tito Livio* surge un Maquiavelo patriota, que concibe los Estados como organismos vivos, sometidos a un proceso evolutivo que se puede orientar mediante una constitución política, donde se combinen sabiamente las fuerzas disponibles. Era un sueño patriótico de un realista político y a la vez de un gran apasionado, que también tuvo su dimensión utópica: La unidad de Italia, frente a los particularismos, ambiciones y mezquindades que la hacían imposible.

En nuestros días, debemos congratularnos de poder aprovechar los inmensos y vertiginosos avances experimentados por la información y la comunicación, que alcanzan una inmensa globalidad; pero al mismo tiempo no olvidemos protegemos individual y colectivamente de sus peligros. Defendamos, sobre todo, unos valores fundamentales que no podemos olvidar y que han de servir de base a los progresos técnicos.

Y en esta época en que se pretende que prevalezcan los derechos, no olvidemos la importancia de los deberes.

Quiera Dios que los grandes adelantos de la comunicación y de la ciencia en general no nos sirvan preferentemente para contemplar en directo los bombardeos de

unas guerras muy especiales que tienen que preocuparnos y llenar de dolor nuestro ánimo. Sobre todo a los que todavía nos cuesta trabajo acomodarnos a algunas de las nuevas muestras de la civilización, en el supuesto de que estas muestras sean verdaderamente civilizadas.

Parece ser que en cierta ocasión preguntaron a Gandhi qué opinaba sobre la civilización occidental. Y respondió:

—«*Pienso que no sería una mala idea*».

Pues bien, pensemos nosotros ahora en desarrollar esa idea para que no deje de convertirse en realidad.

Porque es curioso al menos, observar el cambio radical que se ha producido con la aplicación de nuevos y civilizados adelantos en lo que a la guerra se refiere. Si antes se aplicaba la frase clásica de Clausewitz: «*La guerra es la continuación de la política por otros medios*», resulta ahora que podría decirse todo lo contrario: «*La política es la continuación de la guerra por otros medios*», pero cuando ya se han producido inmensas destrucciones y se reducen las posibilidades de actuar políticamente, porque tal vez no han quedado interlocutores.

Aún a costa de incurrir en el pecado de frivolar un poco sobre un tema tan serio, quisiera recordar una viñeta de El Roto, ese dibujante español que tiene mucho de filósofo, en la que aparecen dos altos jefes militares ante un mapa de campaña, y uno le ordena al otro: «*Vaya usted bombardeándoles, que quiero hablar con ellos*».

Un símbolo elocuente del estilo de guerra que ahora nos sorprende, que se inicia sin declaración previa y sin conocimiento de la gran organización internacional creada para garantizar la paz entre las naciones.

Es bien conocida la frase de Clemenceau: «*La guerra es tan importante que no puede dejarse en manos de los militares*». Y seguramente tenía razón. Pero también la tendría si hubiera añadido que esa misma importancia encierra un peligro si se deja en manos de los políticos, que muestran a veces aficiones castrenses muy señaladas.

Es penoso preguntarse: ¿A qué conduce en este aspecto la civilización? ¿A lograr una mayor precisión en los bombardeos para que sean menores esos que ahora se denominan *daños colaterales*? ¿Será un resultado de la civilización que la vuelta a la normalidad pueda definirse como *fiel esfuerzo realizado después de una guerra para restablecer las mismas condiciones que llevaron a ella*?

Sin afán de catastrofismo, es urgente que ante los vertiginosos progresos de la técnica, que convierten, por ejemplo, una pantalla en algo así como una ventana abierta al mundo entero, tomemos las precauciones necesarias para proteger nuestra mente.

Consigamos entre todos un Estado moderno, una Patria —me complazco en decir—, que recoja en su provecho todo lo bueno que de seguro las nuevas tecnologías de la información puedan ofrecerle, pero que sepa separar en ellas el grano de la paja y la cizaña, sin perder jamás el referente, por utópico que sea, de integrar una sociedad mundial más justa y solidaria en la que los valores de la verdad, la tolerancia, la virtud y la libertad predominen sobre otras ambiciones tan sólo materiales.